

**“PENSAR LA GUERRA, CLAUSEWITZ”:
LA INTERPRETACIÓN ARONIANA
DEL *VOM KRIEGE***

OSCAR ELÍA

For the last two centuries “Vom Kriege” has been used to justify two different kinds of totalitarianisms: Marxism-Leninism and Nazism. However, during the 1950s liberal thinking also made use of that work. In line with liberal thinking, Raymond Aron’s “Penser la Guerre, Clausewitz” presents Clausewitz’s work as moderate and liberal and underplays its totalitarian connections.

Keywords: Carl von Clausewitz, Raymond Aron, war, politics.

1. 1930-1976: TODOS LOS CAMINOS CONDUCEN A CLAUSEWITZ

En 1930, en una época turbulenta, Raymond Aron visita Alemania. Mientras la tragedia se cierne poco a poco sobre Europa, el joven filósofo parisino, proveniente de un ambiente intelectual ilustrado y racionalista, buscará en Colonia y Berlín algo más que lecturas y experiencias. Asfixiado por una antropología alejada de los problemas reales del ser humano, Aron descubrirá en una Alemania revuelta la filosofía de la historia de Max Weber, George Simmel, Wilhelm Dilthey y Heinrich Rickert; la llevará de vuelta Francia, convertido también en un profundo conocedor de la obra de Marx. ¿Y Clausewitz? Allí, en el Instituto Francés de Berlín, el pensador Herbert Rosinski le hablará por primera vez del autor de

Vom Kriege: lo hará, sin embargo, sin demasiado provecho para el francés¹.

Pero si Aron había entablado contacto con la obra de Marx por la necesidad de entender un mundo donde el marxismo era ya religión secular, en el Este y en el Oeste, ¿cómo no experimentar parecido apremio con el estallido de la guerra en 1939? En la revista del exilio *La France Libre*, Stanislas Szymonzyk vuelve a poner a Aron tras la pista del prusiano; las citas —nada más que eso— comienzan a aparecer en los artículos de Aron². Tras la liberación de París, el filósofo convertido en periodista vuelve a la universidad, pero ya no abandonará la realidad política diaria y el análisis estratégico; sus pasos parecían dirigirlo hacia *De la Guerra*. En los años cincuenta (mientras Naville traduce al francés *Vom Kriege* en 1955), el mundo estratégico es dominado por el peligro nuclear; ¿acaso la bomba nuclear no invierte la ya conocida máxima de Clausewitz sobre la relación entre guerra y política? ¿No impone a los gobernantes un imperativo categórico absoluto? ¿No es el horror de la guerra lo que da sentido a la política de equilibrio de terror? Aron no podía ya escapar a una profundización en las pesadillas de la era atómica. La situación del hombre que necesariamente elige en la historia remitía entonces a la excepcionalidad de unas circunstancias en las que el gobernante se encontraba al borde del abismo nuclear. La *Introduction à la philosophie de l'histoire* (1938) parecía encontrar en el debate nuclear su continuación natural:

“Lo esencial para mí, en ese lejano momento, y todavía hoy, era la marcha del conocimiento de sí al conocimiento histórico, y las condiciones existenciales de la decisión política”³.

La entrada de pleno derecho de Clausewitz en la obra de Aron se produce en el capítulo primero de la primera parte de *Paz y Gue-*

1. R. ARON, *Pensar la Guerra, Clausewitz*, Ministerio de Defensa, Madrid 1993, Prefacio, p. 17.

2. Por ejemplo, R. ARON, *L'Homme contre les tyrans*, Gallimard 1946 (1ª ed.), 1990 (2ª ed.).

3. R. ARON, “De la existencia histórica”, en: *Introducción a la filosofía de la historia*, Siglo Veinte, Buenos Aires, 1983, p. 148.

rra entre las naciones (1962) que lleva por título “Estrategia y diplomacia o de la unidad de la política extranjera”, donde aparecen los principales temas clausewitzianos: la relación entre guerra absoluta y guerra real, entre política y guerra, entre fines y medios, entre diplomacia y estrategia⁴. El interés de Raymond Aron por la política internacional y la estrategia irá en creciente aumento. Por fin, dedica su curso de 1971-1972 en el Collège de France a la obra de Clausewitz, lo que constituye la culminación de su camino biográfico y cultural, pero también una desviación; una obra dedicada a Marx hubiese parecido con más sentido.

El itinerario intelectual de Aron corre parejo a su itinerario biográfico. Aron es el joven y prometedor profesor de filosofía convertido primero en analista político de la situación bélica en el continente; el intelectual influyente y volcado en los estudios sobre filosofía y sociología; la imponente figura del analista estratégico convertido en referente obligado en ambas orillas del Atlántico. En contrapunto con su vida, el pensamiento aroniano discurre desde la filosofía a la sociología; desde la sociología a la política; desde la política a la diplomacia y la estrategia; de Max Weber a Carl Clausewitz.

Pensar la Guerra, Clausewitz, fue desde el principio obra de referencia para el pensamiento militar y estratégico del siglo XX. Se trata sin duda de la más monumental obra sobre el pensamiento del militar prusiano; la casualidad dictó que fuese un civil quien pusiera de moda la obra del prusiano siglo y medio después de su muerte. Obra pensada y trabajada en alemán, dirigida en buena medida a un público francés y de enorme influencia en el pensamiento anglosajón, resume a la perfección el itinerario y el valor de la filosofía de Aron. Al tiempo, supone una interpretación liberal de una obra ambigua, cuya comprensión hasta ese momento había oscilado entre el militarismo y el totalitarismo.

4. No obstante años después dejaría de satisfacerle el uso de estas expresiones. Cfr. R. ARON, *Pensar la Guerra*, p. 18.

2. 1831-1989: TODOS LOS CAMINOS PARTEN DE CLAUSEWITZ

a) *¿Clausewitz en Niurenberg?*

En 1831 la peste que asola el Este de Europa, unida a los desórdenes sociales, amenaza con extenderse por todo el continente. Clausewitz es enviado a la frontera pruso-polaca bajo la dirección de su amigo Gneisenau con el objetivo de detener el avance de ambos peligros. Pero la peste alcanza primero al amigo y el 16 de noviembre acaba con la vida de Carl Clausewitz. La misma enfermedad acababa ese año en Berlín con una de las más insignes figuras del pensamiento, G. W. F. Hegel. El legado filosófico de éste último sólo es comparable al legado estratégico del primero.

A la muerte del estratega, apenas un puñado de sus artículos habían visto la luz del día; su obra cumbre permanecía en los cajones del militar, sometida a sucesivas revisiones, la última en 1827. Clausewitz era únicamente conocido por su adscripción al grupo de militares reformistas comandado por Scharnhorst y Gneisenau que habían tratado de reformar el anticuado ejército prusiano para levantarlo contra Bonaparte. Será su viuda Marie Brühl la que, a partir de 1832, publicará la obra del pensador prusiano, envuelto entonces en la bandera del reformismo.

La necesidad de reformas militares ante la decadencia prusiana se haría indispensable y en manos expertas supondría el despegue definitivo de Prusia. Dos guerras alumbrarán el nacimiento de Alemania como Estado. La primera, en 1866 contra Austria; la segunda en 1870 contra Francia. Y en ellas, junto a Bismark, brillaría un nombre: Helmuth von Moltke. Moltke asiste como alumno a la Escuela de Guerra de Berlín entre 1880 y 1891, en el momento en que Clausewitz es su director. Años después llegaría a ser Jefe del Estado Mayor del ejército de Prusia; entonces se empeñó en reformar el cuerpo de arriba abajo. La profundidad y el alcance de su reforma lo convirtió en un mito en la guerra Austro-prusiana y en la guerra contra Francia. Pero por encima de esto se puso de nuevo de manifiesto la relación entre guerra y política en el nacimiento

del nuevo Estado: ¿no asistió Europa a la rivalidad entre el héroe militar, Moltke, y el héroe político, Bismark? Con independencia de los enfrentamientos entre pacifistas y belicistas, el caso alemán mostró la complementariedad de estrategia y diplomacia; Guillermo I fue el gran beneficiado.

Ahora bien, la ambigüedad presente en el pensamiento de Clausewitz se mostró pronto en toda su plenitud: la guerra es la continuación de la política por otros medios, pero ¿qué continuación?, ¿qué medios? ¿Es la guerra instrumento o expresión de la política?⁵ La respuesta de Moltke a esta cuestión ahonda en las dudas. Los medios sirven mejor a la política mediante una acción independiente de ella. Moltke extrae de la sentencia clausewitziana, “la guerra tiene su propia gramática”⁶, la conclusión lógica: las leyes de la guerra deben cumplirse para servir impecablemente a la lógica política.

En una historia en marcha, la experiencia de Moltke no deja de mostrarnos la relación problemática entre la estrategia y la política: ¿se debe la potencia alemana al genio político del Canciller o a la inteligencia guerrera del Estado Mayor? Si la guerra es medio de la política, la mejor forma de serlo es cumplir con su propio objetivo de manera aséptica. La victoria absoluta proporcionará a la política un medio inmejorable para sus propósitos: “los medios sirven mejor a la política, o al menos a su objetivo, pero dentro de una acción absolutamente independiente de ella”⁷.

La lógica de Moltke no traiciona la lógica estratégica de Clausewitz; quizá sí su lógica política. Clausewitz, si seguimos la interpretación aroniana, era un reformador de su tiempo; contrario a toda aventura revolucionaria, defendía la necesidad de unas reformas moderadas pero firmes en la sociedad y el ejército moderno. Se mostraba firme partidario del equilibrio europeo; equili-

5. Cfr. G. MASCHKE, “La guerra, ¿instrumento o expresión de la política? Acotaciones a Clausewitz”, *Empresas Políticas*, año I, nº 1, (2/2002).

6. C. CLAUSEWITZ, *De la Guerra*, VIII, Capítulo 6B.

7. H. MOLTKE, *On Strategy* (1881). Cit. en: R. ARON, *Pensar la Guerra*, II, p. 28.

brio de potencias que no hacía desaparecer la guerra, pero que mantenía la hostilidad bajo límites soportables. La interpretación clausewitziana de los acontecimientos franceses, primero la Revolución, después Bonaparte, por fin Waterloo, ponía de manifiesto el rechazo a cualquier aventura estratégica que supusiera imponer una política hegemónica y acabar con el inestable concierto europeo. La concepción política de Clausewitz parece ser moderada, reformista, alejada de cualquier concepción absoluta o unilateral.

Algo difícil de mantener en plena efervescencia del nacionalismo alemán, alimentado con las lecturas de Fichte, Ranke o Droysen. “Tú eres el pueblo en quien confía el mundo... tú sabes conquistar la tierra”, escribiría Herwegt. Donde Clausewitz dice *status quo*, Moltke entiende nación alemana. Cambiando el carácter de la política no puede no cambiar el carácter de su instrumento: sin restricciones éste servirá mejor a su finalidad. A pesar de todo, Moltke no perderá de vista el horizonte intelectual clausewitziano; la primacía suprema de la política.

Colmar von der Goltz (1843-1916) no hará sino continuar la lógica de Moltke; “la guerra sirve mejor al fin de la política con una derrota completa del enemigo”⁸. Para ello, qué mejor que soltar los demonios de la guerra, convertir la aniquilación de las fuerzas armadas del adversario en objetivo estratégico único y necesario. Así las cosas, no hizo falta más que cruzar la línea que separa la consideración teórica de las ventajas de la autonomía de la guerra de la realidad efectiva de la lucha por la aniquilación del adversario para invertir definitivamente el aforismo clausewitziano: *Mein Kampf* por un lado y *Der totale Krieg* por otro, hicieron de la guerra la continuación misma de la política hasta la aniquilación total:

“Las características de la guerra y de la política han cambiado, y las relaciones entre la política y la estrategia militar de-

8. C. GOLTZ, *The Nation in Arms*. Cit. en: M. HOWARD, “La influencia de Clausewitz”, estudio introductorio a C. CLAUSEWITZ, *De la Guerra*, *op. cit.*, p. 56.

ben ser modificadas. Todas las teorías de von Clausewitz son sustituidas”⁹.

La política se convertía en guerra, y en nombre de la raza aria, los heréticos discípulos de Clausewitz desataron la barbarie sobre el continente. Ludendorff convertía la política en guerra; años antes, en una tradición intelectual distinta, Lenin convertiría la guerra en política, hermanando a hitlerianos y *soviets* en la táctica revolucionaria.

b) *Marx, Lenin, Mao: ¿Clausewitz tras las barricadas?*

“La historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases”¹⁰. Cerrando la puerta a cualquier otra variable histórica, el juicio del sociólogo de Tréveris era tan categórico como rotundo; es así y no puede ser de otra manera. La historia de la humanidad es la lucha de las clases privilegiadas contra las oprimidas; sólo cabe esperar que el proletariado se libere a sí mismo, y con él, a la sociedad entera. Tanto Marx como Engels leyeron a Clausewitz, el segundo con más interés. Es, sin embargo, más tarde cuando éste pasa al corpus teórico comunista; en 1915, Lenin leyó con agrado *De la Guerra*, y, entre otras ideas, incorporó la relación entre la guerra y la política a la dialéctica de la historia y a la teoría de la guerra revolucionaria.

“La guerra es la continuación de la política por otros medios”. Pero Clausewitz distinguía entre “política objetiva”, a saber, el conjunto de variables sociales, políticas, institucionales, “la guerra —decía— sólo es una parte del tráfico político (...) no es algo autónomo”¹¹; y “política subjetiva”, es decir, intereses y objetivos propuestos por el gobernante, los fines de la guerra. En la mente del prusiano, ambas contienen variables que hacen de cada guerra algo

9. E. LUDENDORFF, *La Guerre Totale*, Flammarion, París 1936, p. 14.

10. K. MARX y F. ENGELS, *Manifiesto comunista*, § I.

11. C. CLAUSEWITZ, *De la Guerra*, VIII, Capítulo 3B.

único. Ahora bien, ¿qué ocurre cuando la historia y la totalidad política —subjetiva y objetiva— están determinadas por el materialismo dialéctico?

Política y guerra, tanto como diplomacia y estrategia, quedan determinadas por las etapas del desarrollo histórico. Política objetiva, pues la maquinaria burguesa capitalista no puede no hacer la guerra; política subjetiva, pues los gobernantes capitalistas buscan conscientemente o no, nuevos mercados, nuevas materias primas. Inmersos en la historia de la lucha de clases, política, guerra y estrategia obedecen a los designios del materialismo dialéctico. En este desarrollo histórico, el carácter de la política de la que surge la guerra define la justicia o injusticia de esta última:

“la prueba del verdadero carácter social o, mejor dicho, del verdadero carácter de clase de una guerra no se encontrará, claro está, en su historia diplomática, sino en el análisis de la situación objetiva de las clases dirigentes en todas las potencias beligerantes. Para reflejar esa situación objetiva (...) es obligatorio tomar el conjunto de los datos sobre los fundamentos de la vida económica de todas las potencias beligerantes y del mundo entero”¹².

La resolución definitiva, la paz, llegará con el fin de la historia: “no se pueden suprimir las guerras sin suprimir antes las clases y sin instaurar el socialismo”¹³. La guerra y la paz alcanzan su sentido únicamente desde la política y su lógica histórica, el materialismo dialéctico. Ocupado en la táctica de la guerrilla urbana, como Mao lo hará después con la rural, Lenin restaura paradójicamente la primacía de la política dentro de la guerra; la tradición alemana la había expulsado de ella. Toda guerra es política y en toda guerra permanece la política. La política no se suspende durante las hostilidades, las impregna y recubre. Será Mao quien saque las conclusiones pertinentes: la guerra es la continuación de la política revo-

12. V. I. LENIN, *El Imperialismo, fase superior del Capitalismo*, Prólogo a las ediciones francesa y alemana, § 2.

13. V. I. LENIN, *El socialismo y la guerra*, Capítulo I, § 1.

lucionaria en su sentido más amplio, es decir, de la educación, el adoctrinamiento, la conciencia campesina frente al capitalismo.

Se puede decir que en estos pensadores la política misma está también hecha de la sustancia de la guerra. El conflicto es tan íntimo a la guerra como a la política misma. Por eso, esta primacía de la política cambia el sentido de la teoría clausewitziana: ¿qué procedimiento violento no está permitido cuando el horizonte histórico-político es la liberación de la humanidad y la construcción de un hombre nuevo? Podemos decir con Schmitt, que la guerra se convierte en el leninismo en hostilidad absoluta¹⁴.

3. “PENSAR LA GUERRA: CLAUSEWITZ”, ¿UN LIBERAL PRUSIANO?

a) *Guerra absoluta, guerra irreal*

¿Por qué este rodeo por la interpretación de Clausewitz en los dos últimos siglos? Ante todo, porque en éste último siglo las dos ideologías, la hitleriana y la socialista, que han convertido la guerra en una lucha a muerte —contra una raza eliminándola, contra un régimen, aniquilándolo en las instituciones o en las mentes de las personas— se han reconocido herederas del autor de *De la guerra*. ¿Cómo no dar la razón, entonces, a la escuela estratégica liberal, encabezada por Fuller y Lidell-Hart, que sentaba a Clausewitz en el banquillo de los acusados¹⁵?

14. C. SCHMITT, *Teoría del partisano: acotación al concepto de lo político*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1966. Aron no irá tan lejos, cfr. *Pensar la Guerra*, II, p. 189 y ss.

15. “Él fue el origen de la «guerra absoluta» la lucha por una teoría final que, comenzando por el argumento de que «la guerra es sólo la continuación de la política por otros medios» acabó por hacer de la política la esclava de la estrategia (...) Clausewitz únicamente buscaba el fin de la guerra, no la guerra para la paz subsiguiente”. B. H. LIDDELL HART, *The Ghost of Napoleon*. Cít en M. HOWARD, *op. cit.* p. 63.

Esta cuestión ocupa buena parte de *Pensar la Guerra, Clausewitz*. Respecto a la relación entre guerra y política, Aron sigue el razonamiento clausewitziano, tal y como queda fijado en la *Advertencia de 1827*¹⁶, en la que el militar fija las ideas definitivas sobre las que pretende revisar de nuevo un manuscrito que fue revisado durante años. A partir de las dos ideas que Clausewitz desarrolla aquí, a saber: los dos tipos de guerra y la subordinación de ésta a la política, Aron interpreta toda la obra del prusiano.

De la Guerra arranca con una rotundidad intelectual y una firmeza moral que han disuadido a no pocos de la lectura del resto de la obra; para Clausewitz, la guerra es un duelo (*Zweikampf*) y la presenta como la situación de dos luchadores que se encuentran frente a frente. En ella, “la guerra es un acto de fuerza destinado a obligar a nuestro enemigo a hacer nuestra voluntad”¹⁷.

Fuerza, enemistad, voluntad de vencer, constituyen el comienzo de un *Tratado*¹⁸ sobre la guerra no apto para estómagos débiles: “el núcleo de la idea misma de guerra es destruir al enemigo”¹⁹. Esta idea nuclear se desarrolla necesariamente con “la ascensión a los extremos” de la violencia, puesto que una vez desatada la guerra, la aplicación de la fuerza no aceptará ningún límite lógico²⁰. El concepto de guerra absoluta aparece en el análisis como desarrollo de la naturaleza misma de la guerra; la ascensión a la violencia absoluta es una ley inapelable. Aron denominará a este primer paso del método intelectual de Clausewitz “definición monista” de la guerra.

Sin embargo, Clausewitz, interpreta Aron, sitúa pronto estas consideraciones en su límite concreto. Las definiciones absolutas pertenecen al mundo de lo ideal, se refieren a la guerra como tipo

16. C. CLAUSEWITZ, “Nota de 10 de julio de 1827”, en: *De la Guerra*, p. 173.

17. C. CLAUSEWITZ, *De la Guerra*, I, 1, § 2.

18. Así denomina Aron *Vom Kriege*.

19. C. CLAUSEWITZ, *De la Guerra*, I, 1, § 3.

20. *Ibidem*, I, 1, § 3.

ideal. Son verdaderas en la medida en que son irreales. El Clausewitz *filósofo* se apresura pronto a matizar: “una declaración de este tipo sería una abstracción que en nada afectaría al mundo real”²¹. Tras mostrar la lógica del concepto de guerra en la ascensión a los extremos, Clausewitz señala su limitación: La guerra absoluta no se puede identificar con la guerra real, el concepto de guerra no se puede tomar por la realidad de la guerra que sucede históricamente. En este pendular de lo ideal a lo fáctico consiste la clausewitziana “definición dualista” de la guerra.

Aron observa en Clausewitz un método análogo²² al de Max Weber; el ideal tipo, el concepto de guerra, acaba por diferenciarse de la realidad; “cuando se pasa del mundo abstracto al mundo real, toda la situación se ve de manera muy distinta”²³, advierte el prusiano. Para obtener el tipo ideal, Clausewitz ha depurado el concepto de guerra de las condiciones de las que surge y en las que se desarrolla; del tiempo, del espacio, de las fuerzas materiales y morales, del azar y, sobre todo, de la política. Sin embargo, para volver a la realidad, “el motivo político, que era el motivo original, debe convertirse en factor esencial de la ecuación”²⁴. La guerra real, las guerras reales, están constituidas por las pasiones del pueblo; por la voluntad y la inteligencia del jefe de guerra; por el entendimiento político. De la consideración de todos estos factores Clausewitz obtiene la “definición trinitaria” de la guerra: el pueblo, el ejército y el gobierno; la pasión, la libre actividad del alma y el conocimiento. En la guerra real e histórica, los tres se combinan e interactúan de manera que hacen la guerra absoluta imposible. La guerra se convierte así en un camaleón, una realidad compleja, dialéctica, paradójica. Esta triple definición de la guerra guiada por la metodología histórica de *Vom Kriege* atraerá irresistiblemente la

21. *Ibidem*, I, 1, § 6.

22. Pero no igual. Weber concibe el ideal tipo en oposición a lo real; Clausewitz con cierta ascensión. Por otro lado, Weber defiende la libertad del historiador para teorizar; idea que Clausewitz no admitiría jamás. Cfr. R. ARON, *Pensar la Guerra*, I, p. 81.

23. C. CLAUSEWITZ, *De la Guerra*, I, 1, § 6.

24. *Ibidem*, I, 1, § 11.

atención de Aron; al fin y al cabo, la metodología histórica está presente en la obra de Aron desde su *Introduction à la philosophie de l'histoire*, su tesis doctoral de 1938.

b) *De la guerra a la política*

Para ambos, la política es la matriz de la que surge la guerra, en los dos sentidos: En *sentido objetivo*, la revolución francesa muestra cómo la política en sentido amplio supone un tipo determinado de guerra; la sociedad moderna alumbra la guerra moderna. En *sentido subjetivo*, el motivo y objetivo político dota de sentido a su más terrible instrumento, la guerra. Por eso, en último término, la pregunta no se dirige a la estrategia, sino a la política. Del mismo modo que en Luddendorf o Lenin ésta daba sentido a la guerra total o a la guerra revolucionaria, la concepción política de Aron y su interpretación de la política clausewitziana, convertirán al prusiano en referente intelectual del pensamiento estratégico anglosajón y liberal²⁵.

Crítico con el racionalismo ilustrado tanto como con el utopismo, Aron es un realista moderado, es decir, un realista en el mejor sentido del término; aquél que trata de describir la realidad en cuanto tal, sin hacerse ilusiones, pero sin renunciar a ellas. Está tan alejado del pesimismo o del cinismo de Pareto o Maquiavelo como del determinismo histórico progresista. En esta línea define el funcionamiento “real” de la política internacional:

“La política exterior, es, en sí, una *power politics* o política de poder. Igualmente, el concepto de equilibrio —*balance*— se aplica a todos los sistemas internacionales hasta la era atómica”²⁶.

25. Cfr. C. BASSFORD, *Clausewitz in English: The Reception of Clausewitz in Britain and America*, Oxford University Press, New York, 1994.

26. R. ARON, *Paz y Guerra entre las naciones*, Revista de Occidente, Madrid 1973, p. 163.

Eliminando cualquier lirismo, Aron es consciente de que entre las naciones sigue imperando el “estado de naturaleza” que el Estado consigue zanjar en su interior. Escéptico ante el idealismo jurídico —en la forma de la ONU o de la Sociedad de Naciones—, Aron es rotundo: entre las naciones, el lenguaje es diplomático o estratégico pero la violencia física siempre está presente como posibilidad. La alternativa en la política internacional ha de dirimirse entre el diplomático y el soldado, entre cierta paz y la guerra. La guerra es siempre posible, pero no necesaria. En los casos extremos, curiosamente, las circunstancias políticas hacen imposible la opción entre uno de esos términos. De ahí la definición de la guerra fría como “guerra improbable, paz imposible”²⁷.

¿Qué *política objetiva* podemos encontrar en el autor francés? La concepción filosófica aroniana parte del carácter dialéctico y trágico de la existencia humana. Contradictorio y paradójico, el ser humano hace la historia pero no sabe que historia hace. Su filosofía es una filosofía de la imprevisibilidad, del azar, de los imponderables; “desesperada o satánica”, fue calificada por Paul Faulconet en su defensa de tesis. La traducción sociológica de tal filosofía nos presenta una sociedad moderna contradictoria, formada por grupos que rivalizan por ocupar el poder y mantenerlo. Rivalidad reconocida y protegida en los regímenes constitucionales pluralistas; negada y perpetuada en los regímenes totalitarios. Para el autor, la política como subsistema de lo social se caracteriza precisamente por ser dialéctica. Aron es consciente de que la dirección política —las élites o categorías dirigentes— es tan distinta del cuerpo gobernado como dependiente de él. La política surge de lo social; al mismo tiempo no se reduce a él, y lo configura a su manera²⁸.

La configuración política moderna no puede olvidar su naturaleza: burocrática y con una creciente racionalidad técnica, la sociedad industrial, siguiendo la máxima de Clausewitz, no puede dejar de traducirse en la guerra moderna; la movilización de masas, las

27. Capítulo primero de la Primera Parte de *Le Grand Schisme* (1948).

28. R. ARON, *Democracia y totalitarismo*, Seix Barral, 1968, p. 29.

divisiones de carros, la producción en serie de cazas de combate pertenecen a la guerra moderna *en cuanto tal*. El fenómeno político más destacado del siglo XX, las ideologías y las pasiones desatadas en gobernantes y gobernados en los nacionalismos forman parte también de la naturaleza de la política moderna. Clausewitz ya teorizó sobre el poder de las fuerzas morales²⁹, hoy de nuevo olvidadas. La guerra es la continuación de unas fuerzas espirituales ideologizadas y de unas fuerzas materiales derivadas de una capacidad de producción sin precedentes. Las condiciones de la política moderna hacen posible el alumbramiento de la guerra total: la aproximación de la guerra real a su ideal absoluto. Esto ocurrió primero en 1914 y después en 1939.

Pero, ¿cómo considerar Hiroshima una necesidad histórica? Como siempre en Aron, tal ascensión de la guerra moderna a su forma absoluta no es necesaria; al espíritu industrial e ideológico siempre se opone la propia política; la decisión suprema del gobernante o del jefe de guerra. Ante los ojos de Aron, la barbarie de la guerra moderna es un horror límite que sólo la política prudente y moderada puede evitar. En última instancia, las circunstancias favorecen el curso de los acontecimientos, pero no los determinan.

La cuestión sobre la posibilidad de la guerra absoluta queda depositada así en manos de los motivos y objetivos del gobernante, del ser humano de carne y hueso: “L’homme est dans l’histoire, l’homme est historique; l’homme est histoire”, dirá Clausewitz. La “política objetiva” deja siempre paso a la “política subjetiva” y esta última no puede dejar de prescindir de un hecho inquietante: en el momento supremo de la decisión, ni se conocen todas las circunstancias presentes ni las consecuencias futuras. Las guerras se comienzan sin conocer la relación exacta de fuerzas, ni la capacidad del adversario, mucho menos se intuye su discurrir futuro y la paz que alumbrará. En la filosofía de la guerra de Aron, el político y el estratega traducen en términos militares la condición existencial humana.

29. C. CLAUSEWITZ, *De la Guerra*, III, 3.

Parece entonces que la teoría de la guerra de Aron está abocada al relativismo, al decisionismo voluntarista. Pero rechazando cualquier relativismo o nihilismo, para Aron la pregunta es acerca de los fines y principios, y de los medios a su disposición. Relación dialéctica, pero que en Aron encierra una creencia fundamental: el fin da sentido al medio. En última instancia, la decisión suprema de embarcar en una guerra a un pueblo del que se es el máximo responsable es la decisión suprema del político³⁰. Surgida de una sociedad y una cultura de las que es deudora, el triunfo de la política liberal es logrado cuando el político, haciéndose cargo de su legado, decide trascendiéndolo.

c) *La finalidad política: El Estado personificado*

¿Qué finalidad da sentido a la política? Por encima de objetivos circunstanciales, Napoleón incendió el continente en nombre de la Revolución, Hitler y Stalin lo hicieron en nombre del pueblo y el proletariado; el *yihadismo* parece incendiar Asia hoy en nombre de una ideología igualmente absoluta. Por encima del juego diplomático-estratégico, la ideología proporciona una certeza histórica que exige el uso de todo instrumento, posible o imposible; ¿qué esfuerzo no permite la liberación del proletariado o la gloria de Alá? Para Aron, ése y no otro es el legado de Lenin y sus discípulos, que traiciona cualquier sentido clausewitziano.

Clausewitz, prisionero en Francia junto con el príncipe Augusto, conoce de primera mano la política revolucionaria. El espectáculo que observa no le deja lugar a dudas; le repugna el desorden revolucionario, aunque no puede dejar de admirar la cantidad de fuerzas desatadas, el furor del pueblo movilizado. Pasión popular que entusiasma a Lenin, pero que horroriza al autor de *Vom Kriege* tanto como al *espectador comprometido* parisino:

30. R. ARON, “Macht, Power, Potencia, ¿prosa democrática o poesía demoníaca?”, en: *Idem, Estudios Sociológicos*, Espasa Calpe, Madrid, 1988.

“La combinación clausewitziana de los principios y de la singularidad de las situaciones me parecen filosóficamente más satisfactoria que la combinación leninista de una filosofía de la historia determinista y de la acción de estilo maquiavélico”³¹.

Pero si se trata de evitar la certeza que proporciona la ideología³², sólo queda el recurso a la prudencia, al sentido común, a la moderación. Convicción que deja insatisfecho a quien busque en Aron una filosofía política definida y terminada; su sistema político es voluntariamente abierto, incompleto. En último término, se basa en un ánimo intelectual y moral más que en principios filosóficos fijos; tal concepción relativa sólo tiene sentido, no obstante, desde una profunda llamada de lo metafísico o trascendente de la que no puede prescindir el ser humano³³.

d) Moderación, prudencia, liberalismo

Con esta convicción profunda del valor de la prudencia, propia del *spectator engagé* del siglo de Verdun, Auschwitz, Dresde o Praga, de que la historia no proporciona certeza alguna, la acción política y estratégica se convierte en cálculo entre los objetivos queridos y los posibles, entre la finalidad y los medios a nuestro alcance. La sociedad moderna otorga los medios para desencadenar el infierno, además como compleja y contradictoria no puede más que poner su destino en la decisión del gobernante. Aron igual que Clausewitz concede un papel central a la personificación del Estado; será la decisión humana, en base a cálculos y conjeturas, la que impulsará la destrucción total o a la humanización del conflicto:

31. R. ARON, *Pensar la Guerra*, II, p. 65.

32. “¡Evite la ideología! ¡Evite la ideología!”, J. FREUND, “Raymond Aron, directeur de thèse”, en: *Commentaire*, n° 28-29, febrero 1985.

33. Cfr. G. FESSARD, *La philosophie historique de Raymond Aron*, Julliard, Paris, 1980.

“Muy lejos de que la guerra absoluta sea un ideal a alcanzar, el arte político manda mantener el equilibrio entre los intereses en juego y los esfuerzos dispensados”³⁴

Equilibrio y prudencia que llevará a Aron a formular la discutida teoría de los “Hermanos Enemigos”; enfrentados por unas convicciones opuestas irresolubles, Estados Unidos y la Unión Soviética mantienen el interés común de mantener un sistema internacional en peligro de ser atomizado³⁵. La hostilidad es inevitable, la violencia también, pero por encima de todo, los enemigos mantienen cierta idea de comunidad:

“Los dos rivales tenían en común un interés primordial, el de no destruirse recíprocamente. La sospecha mantiene la rivalidad de armamentos; el interés común frena la ascensión a los extremos”³⁶.

¿Clausewitz profeta del siglo XX o Aron nostálgico del XIX? El descubrimiento de Clausewitz constituye en el orden estratégico lo que su relectura de Tocqueville en el orden político. Tocqueville y Clausewitz representan la sutileza intelectual que urge a la sociedad moderna, paradójica y dialéctica, donde entre el idealismo pacifista condenado al fracaso y desencadenante de peores catástrofes, y el falso realismo de autores como Morgenthau, Aron encuentra un punto medio, de enfrentamiento y de acuerdo, de hostilidad y de comunidad:

“Tenemos derecho a decir que Clausewitz prefiere políticamente la segunda clase de guerra a la primera, es decir, las guerras que no trastornan el equilibrio europeo”³⁷.

Como Tocqueville, Clausewitz es testigo consciente del fin de una época. Ante la mirada del primero, el Antiguo Régimen da paso a la democracia; ante la del segundo, las guerras de gabinete dan paso a la guerra nacional. A los ojos de Clausewitz Prusia no

34. R. ARON, *Pensar la Guerra* I, p. 109.

35. R. ARON, *Paz y Guerra entre las naciones*, Tercera Parte: “Historia. El sistema planetario en la edad termonuclear”.

36. R. ARON, *Pensar la Guerra*, II, p. 214.

37. *Ibidem*, II, p. 419.

puede quedar al margen de este cambio, debe reformar sus estructuras militares e institucionales. Como el autor de *La democracia en América*, el prusiano oscila entre un mundo aristocrático en extinción y los nuevos ideales igualitarios. En plena vorágine histórica es partidario de la reforma tanto frente al inmovilismo como frente a la revolución. Diríase que Clausewitz busca a tientas y con prudencia soluciones modestas a problemas desconocidos; esta y no otra es la convicción que da sentido al liberalismo aroniano.

¿Se puede despreciar la resonancia liberal implícita en esta actitud de Clausewitz? Pese a comulgar en el dogma de la primacía de la libertad, las distintas familias liberales está tan enfrentadas como unidas en muchas de sus convicciones. El liberalismo economicista de Hayek poco tiene que ver con el liberalismo científicista de Popper, por poner algún ejemplo; y el de ambos tiene raíces y motivaciones distintas al de Aron. Aquellos siguen leyes, sean las de la ciencia económica o las de la ciencia. Ninguno de los dos convence a un Aron cuyo pensamiento ha sido formado en la escuela del historicismo alemán.

El liberalismo de Aron es un liberalismo político. Concede primacía a la política sobre otras esferas de la acción humana, centra su atención en la decisión política y en las circunstancias en las que se produce. En 1938 dedica ya su tesis doctoral a la libertad de elección y de decisión del ser humano respecto a su entorno. Cuando el contexto de la acción es el desconocimiento de las circunstancias del presente y de las consecuencias del futuro, la fuerza de la decisión experimenta un “ascenso a los extremos”. Esa es la fuerza de la decisión política. Este es el espíritu liberal que Aron encuentra en la obra de Clausewitz.

El jefe de guerra se encuentra en unas circunstancias que eliminan cualquier posibilidad de certeza; el arte de la guerra ha de tener en cuenta no sólo la naturaleza de la guerra, sino el espacio, el tiempo, el azar, los imprevistos. Variables que eliminan cualquier posibilidad de certeza en la acción estratégica. Si como advierte Clausewitz, en la guerra “todo se desarrolla en una suerte de niebla”, la guerra como continuación de la política por otros me-

dios y las decisiones tácticas y estratégicas deben ser presididas por la prudencia. La teoría de Clausewitz se resumiría así en una llamada a la prudencia, que ni Ludendorff ni Lenin, ni Ben Laden hoy, conocen, y que desprecian por débil y decadente. Pero tal prudencia constituye la base del liberalismo aroniano; un liberalismo sin lirismo ni épica, pero que evita que la política, y su instrumento más oscuro, la guerra, desencadenen la destrucción que en el siglo XXI son capaces de desatar. Esa es la sabiduría sencilla que Aron encuentra en la obra de Clausewitz y que pone a ambos autores, en la época histórica en que son posibles los acontecimientos del “11 S” y del “11 M”, de inquietante actualidad, ya que, como afirma Aron:

“Quien se mueve en la historia sin conocer su última palabra, duda a veces ante una empresa deseable cuyo costo sea demasiado elevado. Hombres de Iglesia y hombres de Fe ignoran estos escrúpulos: el fin sublime excusa los medios horribles”³⁸.

Oscar Elía

Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales

Madrid

oelimag@yahoo.com

38. R. ARON, *El opio de los intelectuales*, Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires 1979, p. 158.